

Different ways to “be” a couple: Absences, presences and ways to be together without being together

Liliana Ibeth Castañeda Rentería<sup>a</sup>

<sup>a</sup>Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de la Ciénega (liliana.castaneda@cuci.udg.mx)

**Historia editorial**

Recibido: 25-05-16  
Primera revisión: 27-05-16  
Aceptado: 01-06-16

**Palabras clave**

pareja, mujer

**Resumen**

En este artículo exploro los distintos acuerdos de pareja mantenidos por mujeres profesionistas que trabajan y que no tienen hijos ni hijas. Se trata de mujeres que crecieron con la consciencia de que lo privado –entendido como el espacio doméstico donde se vive para los otros– no era destino, y que lo público –visto como el espacio de los iguales, donde se compete no sólo por dinero sino también por prestigio y poder (Amorós, 1994) – era un mar donde podían también nadar.

**Abstract**

In this article, I explore the various couple’s agreements reached by professional women who work and do not have sons or daughters. It is about women who grew up with the awareness that the private arena –as in the domestic space where you live for others– was not their destination; and that the public – seen as the space of the peers, where one competes not only for money, but also for prestige and power (Amoros, 1994) – was a sea where they could also swim.

**Keywords**

couple, woman

En este artículo exploro los distintos acuerdos de pareja mantenidos por mujeres profesionistas que trabajan y que no tienen hijos ni hijas. Se trata de mujeres que crecieron con la consciencia de que lo privado –entendido como el espacio doméstico donde se vive para los otros– no era destino, y que lo público –visto como el espacio de los iguales, donde se compete no sólo por dinero sino también por prestigio y poder (Amorós, 1994) – era un mar donde podían también nadar.

Sin embargo, y como todo en la vida, este sujeto femenino que ha resignificado su ser para los otros, en un ser Yo, antes que los otros, producto también del fenómeno de individuación de la vida contemporánea (Beck y Beck-Gernsheim, 2001), no está exento de contradicciones y conflictos, algunos de los cuales tienen que ver justamente con el establecimiento y mantenimiento de relaciones de pareja con acuerdos y estilos diversos y no siempre satisfactorios.

El análisis de la configuración de las prácticas que constituyen las relaciones amorosas y familiares, la exposición de algunos marcos normativos e institucionales que participan en esa configuración, permitirá “hacer visible la tensión que existe al momento en que entran en relación las normas sociales instituidas y las prácticas cotidianas de los actores sociales” (Collignon Goribar, 2010, p.58).

En este punto es útil señalar que si bien el énfasis en este texto se da en las relaciones primarias familiares de las informantes, estoy consciente de la existencia de otros marcos normativos, institucionales y simbólicos (Scott, 2008) que juegan importantes roles en la socialización de los roles, estereotipos e identidades de género y que tienen importantes consecuencias en la configuración de las relaciones de pareja y sus aspiraciones.

Ejemplos de lo anterior son los resultados de diversas investigaciones sobre el impacto de los contenidos de los medios de comunicación, telenovelas, revistas, radio. Uno de los más significativos es el texto coordinado por Sarah Corona Berkin y María del Carmen de la Peza Cásares, “Un siglo de educación sentimental. Los buzones amorosos en México” (2007). En este texto se da cuenta a través del análisis de los buzones de consulta ofertados en publicaciones periódicas dirigidas a mayormente a mujeres, de los cambios en relación a la concepción social de la mujer como madre, esposa, trabajadora, y las implicaciones que esto acarrea en las relaciones de pareja.

Dan cuenta de los valores promovidos en las distintas épocas, que en el caso de las mujeres de los años cuarenta eran el “honor y la dignidad, la pureza y el recato” (Corona Berkin y de la Peza Cásares, 2007, p. 24) valores que no necesariamente han desaparecido en el siglo XXI. En la década de los cincuenta las autoras dan cuenta de cómo las revistas femeninas abordan los temas del amor y su vinculación con la sexualidad. Lo que después sería reforzado de manera importante en los años setentas con la utilización de la píldora y las políticas demográficas de control de la natalidad. En los años noventa se identifica una relación más horizontal entre el que consulta y el que aconseja a los jóvenes que consumen revistas impresas y es notable como lo que parece un texto pedagógico inofensivo, tiene el objetivo claro de promover el consumo de mercancías.

Es importante no perder de vista las condiciones estructurales relacionadas con el ingreso a la educación superior, el ingreso masivo al mercado de trabajo, el uso de anticonceptivos y los programas de políticas públicas de control demográfico. Pero también es importante traer a colación, los marcos de sentido que se construyen en los espacios mediáticos donde es posible identificar tensiones entre lo tradicional y lo que se exhibe como novedoso y permitido.

El consumo de este tipo de mercancías mediáticas son también referentes importantes en la constitución de sujetos sociales que no sólo ven trastocada su experiencia subjetiva ante la información y educación que reciben de estas revistas, sino que también construyen los marcos que regularán su experiencia amorosa y sexual de pareja, los estilos permitidos para estar en pareja y el fin último de esas relaciones.

El acercamiento empírico a los sujetos de estudio se realizó a partir de la recolección de relatos de vida. Este método permite articular “significados subjetivos de experiencias y prácticas sociales” de acuerdo con Cornejo, Mendoza y Rojas (2008, p. 29). El relato de vida es una “técnica” de investigación que de acuerdo con estos autores sólo cobra relevancia en el marco del enfoque biográfico de investigación.

El enfoque biográfico de acuerdo con los autores cuenta con tres características que lo definen: un enfoque hermenéutico, existencial, dialéctico y constructivista, que a su vez corresponden a las dimensiones ontológicas, éticas, y epistemológicas respectivamente (Cornejo, Mendoza, y Rojas, 2008). Contarse a sí mismo es importante en relación a la construcción de identidades, este método les posibilita a los narradores construirse a través del relato. Siendo congruente con mi planteamiento teórico, los relatos de vida tanto como método como técnica, permitieron a las sujetos un marco de libertad en el cual enunciarse y construirse a través de sus palabras. Resultó fundamental incluir en el registro no sólo los contenidos de los relatos, sino también las condiciones del encuentro.

El trabajo se realizó con mujeres que residen en el Área Metropolitana de Guadalajara con una edad que osciló entre 37 y 53 años, profesionistas, sin hijos y laboralmente activas.

De las informantes sólo una estaba casada civil y religiosamente, dos vivían en unión libre, cinco se encontraban en una relación de noviazgo, y trece solteras. Cinthia que hasta el momento de las entrevistas era la única casada, cumplió su sexto aniversario en octubre de 2014. Diana y Ximena tenían diecisiete años y ocho meses viviendo con sus parejas varones, respectivamente.

Las que tenían una relación de pareja heterosexual eran: Siphora, Analía, Emiliana, Luna y Silvia con noviazgos que van desde los trece años en el caso de Luna, hasta los ocho meses en el caso de Silvia, quién además está divorciada. Por su parte las solteras, se encontraban en ese estatus desde hacía ocho o nueve años, en el caso de Berenice o Fernanda, o como el caso de Guadalupe que al momento de la entrevista tenía dos días de haber terminado su última relación. En este grupo además encontramos mujeres como Gema o Cecilia que se declaraban solteras y sin pareja o novio, pero que afirmaban vivir una relación ‘esporádica’ con un hombre desde hacía varios años. Una excepción es el caso de Patricia, quién es una misionera consagrada, laica, es decir, no se trata de una monja, pero que ha consagrado su vida a Dios y por lo tanto se mantiene soltera y sin entablar relaciones de pareja.

Para fines analíticos, propongo acercarme a las relaciones, noviazgos y vida en pareja de las informantes a partir de cuatro temáticas que, me parece, explican en su diversidad las complicaciones, los acuerdos, tensiones, contradicciones, que viven y sufren los sujetos femeninos en sus relaciones de pareja: 1) los noviazgos o relaciones de pareja, 2) vivir en pareja, y, finalmente, 3) las complicaciones para lograr una pareja.

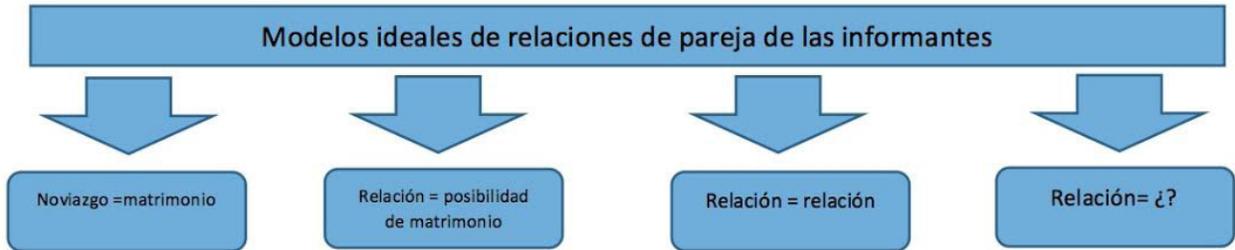
### 3. RESULTADOS Y DISCUSIÓN

#### NOVIAZGOS Y RELACIONES DE PAREJA. ENTRE LA FORMALIDAD COTIDIANA Y LAS RELACIONES ESPORÁDICAS.

A excepción de Sofía, que sólo ha tenido una pareja, todas las informantes relataron la vivencia de cuando menos dos noviazgos “formales” en su vida, y algunas relaciones que sea por cuestiones de edad o mínima duración, no fueron significativas y que de acuerdo con sus palabras “no vale la pena recordar”.

No todas las relaciones de pareja que relatan las entrevistadas tienen el objetivo de terminar en matrimonio o unión. Los noviazgos ya no son el medio para un fin, sino que se transforman en relaciones que se viven como fin en sí mismas y que quizá por ello son relaciones de pareja con acuerdos distintos de lo que significaba el noviazgo con fines de matrimonio o unión de pareja.

En este sentido, es interesante como las informantes dan cuenta de una gama de relaciones que va desde el noviazgo tradicionalmente entendido como una posibilidad de conocer al otro que potencialmente se convertirá en esposo, hasta la relación de pareja entendida como la existencia de “alguien” que va y viene, con quien paso momentos agradables, pero con quien no puedo o no me interesa pensar o planear un proyecto de vida futura, mucho menos de familia. En el esquema 1 se presenta una línea que busca ilustrar las características de las relaciones de pareja de manera que se puedan analizar en su diversidad.



Esquema 1.

En el primer extremo de este abanico de posibilidades tenemos el caso de Silvia quién tuvo su primer novio a los 19 años y con quién se casó cinco años después. Matrimonio que terminaría diez años y medio más tarde. En el momento de la entrevista y después de cuatro años de divorciada, Silvia llevaba ocho meses de noviazgo con una nueva pareja. Se trata de una relación de noviazgo, donde el novio conoce a los padres de la novia, la visita, salen juntos, y donde el objetivo de esa relación de noviazgo es conocerse lo suficiente para valorar un posible matrimonio. Pese a que Silvia vive sola desde su divorcio, asegura que no le interesa vivir en unión libre con su pareja pues, asegura, cree en el matrimonio.

Otro caso es el de Guadalupe, quién después de 21 años de vida religiosa regresa a Guadalajara y hasta el momento de la entrevista había tenido dos noviazgos, el primero por un año y tres meses y el segundo por nueve meses. Éste último novio le propuso matrimonio, sin embargo, para Guadalupe el noviazgo es un momento para conocer al otro y proyectarlo como padre y esposo. Como terapeuta que es, asegura que se dio cuenta de que su relación a pesar de ser tan complementaria, no tenía futuro como familia.

Este tipo de relaciones de noviazgo son descritas también en su mayoría por las mujeres entrevistadas como sus primeras relaciones de pareja. En su mayoría preuniversitarias o vividas durante su tránsito universitario. Otra característica es que no siempre implicaron el inicio de la sexualidad. Estas primeras experiencias de relación de pareja en su mayoría terminaron por el deseo de una de las partes de formalizar la relación vía el matrimonio civil y religioso, y la negativa, casi siempre de la mujer de hacerlo.

A la anterior relación de noviazgo que podría calificar de tradicional (no común, ni mayoritaria), en la línea de modelos ideales con los que busco analizar las relaciones de pareja de las informantes, le siguen las relaciones de noviazgo que se viven formales pero que siguen pensándose como medios para llegar al matrimonio. Ese es el caso de Analía.

Cuando entrevisté a Analía tenía ocho meses viviendo sola. Desde sus estudios en la preparatoria vocacional de la Universidad de Guadalajara a finales de los ochenta, iba y venía diariamente de su casa paterna a Guadalajara, primero a la preparatoria, luego al Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas (CUCEA) de la Universidad de Guadalajara donde estudió la licenciatura en contaduría pública y después durante su trayectoria laboral.

La decisión de venirse de Puente Grande a Guadalajara la tomó, según le dijo a su familia, porque estaba cansada de viajar diariamente y porque necesitaba seguir preparándose. Pero en rea-

lidad esa fue la excusa que ocultaba el principal motivo de su decisión, el poder estar más cercana a su novio Moisés.

Analía se declara total y perdidamente enamorada de Moisés. Él es menor que ella por seis años, ella tiene 41 y llevan aproximadamente siete años de noviazgo. Moisés es un hombre muy ocupado, es el Administrador de una cadena nacional de farmacias, por lo que sus horarios son inciertos y los días de descanso muy pocos. El tener que trasladarse diariamente a Puente Grande le complicaba a Analía estar más tiempo con él. El vivir en Guadalajara, sola, les permite a Moisés y a ella verse por las noches o en el momento en que él puede escaparse del trabajo.

Hasta el momento de la entrevista no vivían juntos, aunque Moisés ya había pasado algunas noches en casa de ella. Sin embargo, Analía relata que su objetivo es ser la esposa de Moisés y madre de sus hijos. Dice estar consciente de que para Moisés, dada su edad y a pesar de la madurez que ella le atribuye, no es el momento de casarse, aunque si lo sea para ella. Moisés es también la primera pareja sexual de Analía, y tuvieron su primer encuentro sexual dos o tres meses después de que ella comenzó a vivir sola.

Como se puede observar el noviazgo que vive Analía es una relación que claramente tiene el objetivo de formar una familia. Decisiones como el vivir sola, seguir estudiando, obedecen principalmente a su deseo de estar con Moisés y lograr fortalecer su relación. Casos como este dan cuenta de la complejidad de relaciones de pareja que desde la biografía individual y familiar pudieran parecer transgresoras, pero al analizarlas con más detenimiento se trata de la búsqueda transgresora de un fin tradicional de la relación de pareja: el matrimonio y la familia.

Casi en el otro extremo encontramos las relaciones de noviazgo permanente que no implican la convivencia diaria, ni futuro matrimonial, ni la idea de un proyecto a futuro, pero que ahí están, viviéndose de manera “cómoda”. Es el caso de la relación de Luna.

La relación en la que actualmente está involucrada Luna tiene ya once años. Guillermo, su pareja es un hombre dieciocho años mayor que ella, tiene 60 años mientras que ella tiene 42 años de edad. No viven juntos, ni desean hacerlo. No planean tener hijos, se ven tres o cuatro veces por semana para comer, ir al cine o charlar, ambos son académicos por lo que algunas veces viajan juntos. Luna vive en casa de sus papás y Guillermo vive solo. A la pregunta de si le gustaría vivir con él, responde:

Mejor cada quién, viajamos la semana pasada y dije ¡no! ¡No puedo vivir con él! no podría fueron 4 días, ¡o sea no!, aunque yo lo quiera mucho algo está pasando algo pasa ¡No, no, no, no! entonces estoy, así como ¡Ay! ¿Qué voy hacer con Memo? (risas) pienso mi vida con Memo y siento no sé. El martes me dice oye quedamos de comer, y yo ¡No, no quedamos! es que todos los martes comemos, pero este martes no quedamos, ¡pues apenas lo había visto!, duramos toda la semana... entonces yo no quiero verlo.

La primera experiencia sexual de Luna fue con Guillermo nueve años atrás. Luna recuerda que fue una experiencia muy fuerte para ella. No el acto en sí mismo, sino todo el proceso para llegar a eso y la culpa posterior. Por un lado, Guillermo es un hombre divorciado, Luna por el otro, es una mujer muy católica, por lo que tuvo que confesarse y pedir consejo a un sacerdote de confianza sobre su relación con Guillermo. Afortunadamente el sacerdote era jesuita, quizá, dice ella, por eso si se animó a seguir con Guillermo pues le hizo ver que si ella no había tenido nada que ver con el divorcio, no era pecado estar con él.

Otro caso que ilustra sobre este tipo de relación cuyo objetivo no es casarse, unirse, ni formar una familia es el de Siphora de 53 años. En la entrevista relata que tuvo una relación que duró veinte años, “quizá más” dice ella. Él vivía en su casa, ella en la suya. Ambos eran dueños de sus negocios, se apoyaban y competían. A veces ella se quedaba con él, otras él dormía en casa de ella. Viajaban, salían juntos. Intentaron tener un hijo, bajo el acuerdo de que si ella quedaba embarazada entonces se casarían. Nunca se embarazó. Finalmente se terminó la relación y cada quién siguió en lo suyo.

El momento de la entrevista Siphora estaba involucrada en una relación que llevaba seis años con un hombre casado. Salían juntos pero tenían que ser discretos, sobre todo por los hijos de él. Siphora dice con cierto desánimo “llegamos tarde a la vida del otro”, “eso pasa a nuestra edad”. Al igual que con la otra relación, ella sabe que con ésta tampoco llegará a ningún lado.

Hasta aquí he descrito tres de los modelos de relaciones que describen las informantes: noviazgos como trámite obligatorio y previo al matrimonio, relaciones de pareja que se viven más plenamente pero cuyo objetivo es formar una familia con o sin matrimonio, y relaciones que se viven sin pensar en un proyecto común a futuro. Al final de la línea, en el extremo, encontramos las relaciones esporádicas. Los casos de Gema y Cecilia.

Gema tiene 47 años y vive sola. En su casa sólo le han conocido un novio que tuvo hace más de veinte años y con el cual terminó cuando se dio cuenta que la ex novia estaba esperando un hijo suyo. Tanto sus hermanos como sus papás le atribuyen a aquella mala experiencia que Gema continúa soltera y según ellos sin pareja. Sin embargo, sobre si tiene o no pareja Gema contestó “pues si pero no”. Desde hace dieciocho años mantiene una relación con un hombre que es casado. Antes de él tuvo una relación por quince años con un compañero de trabajo, que nunca presentó en su casa.

De esa persona que me enamore, en esa relación nomás dure yo creo que unos 15 o 16 años, era mi compañero de trabajo y con el otro que me apasioné, bueno, con él todavía tengo una relación, pero ¡ash!, pueden pasar 6 años, pero si se da pues igual, es una persona casada, pero así de permanente no, y con este tengo de conocerlo lo que tengo en el sistema, 21 años y con una relación unos 18 yo creo, 34... sí 18 o 19. ¡Ya es mucho! (risas) pero sabes que es cómodo, para mí es cómodo y claro en mi casa te digo no saben, me hace comentarios y yo nomás me quedo callada, porque digo ¡ay si supieran! (risas).

En este caso, Gema admite que en algún momento pensó en casarse y formar una familia, pero cuando comenzó a vivir sola esa ilusión se fue desvaneciendo en la comodidad que le permite su espacio íntimo. Ahora admite que sus ganas de familia nunca fueron ‘reales’ pues de haber querido un hijo, lo habría tenido, situación que no pasó.

También está el caso de Cecilia. Ella relata que ha tenido dos novios “significativos”, el primero con quien estuvo siete años y que le propuso matrimonio,

Con mi primer novio en la universidad me pasó, que yo le decía que nos fuéramos a vivir juntos y él me decía: no, hay que casarnos, y yo le decía: no, primero hay que vivir juntos. Y me decía: ¡claro! Tú quieres lo más fácil siempre, para que salgas corriendo a la primera. Y yo le decía: ¿y tú qué crees? ¿Que casándome no voy a salir corriendo cuando no me parezca? O sea, casándome también a mí no hay absolutamente nada que me detenga. Yo no estoy a gusto y me voy.

Actualmente lleva una relación de dos años y medio, con lo que ella relata como “altas y bajas”, es decir una relación abierta, libre, de estar juntos cuando quieren estar y no verse cuando no quieren. No viven juntos, ni hacen planes para hacerlo. De matrimonio ni hablar.

Como se puede apreciar el tener una relación de pareja no se reduce al noviazgo sea cual sea el estilo de noviazgo que se tenga. Las relaciones de pareja son también estados para compartir en tiempos y espacios determinados sin miras al futuro familiar. Son encuentros esporádicos con ese alguien con quien comparto emoción, sexo o una charla entretenida. Es estar en pareja sin perder individualidad, paradójicamente. Como lo mencioné antes, las relaciones de pareja se transforman en un fin en sí mismas, y no como un medio para el matrimonio o la familia.

Esta resignificación de la relación de pareja, se da en un contexto de donde las mujeres profesionistas no están dispuestas a renunciar a lo ganado, y donde el “hasta que la muerte los separe” tiene cada vez menos sentido. Por su parte los varones no siempre saben qué hacer con mujeres así, como lo vimos con el caso de Cecilia, su novio quería “amarrarla” vía el matrimonio.

Una cosa son los noviazgos y las relaciones de pareja, pero otra es la unión y el vivir con la pareja. Cinthia está “felizmente” casada desde hace seis años. Conoció al que es su marido en su trabajo en una institución educativa en donde él fue invitado a dar clases. Se comprometieron a los ocho meses de conocerse y se casaron un año después de celebrar el compromiso. Su esposo fue la primera pareja sexual de Cinthia.

Como recién casada, relata Cinthia, al principio de su vida matrimonial ella quería hacerse cargo de todo lo referente a las labores domésticas, y no porque le gustara, sino porque ella era la “reina del hogar”. Un tanto apenada recuerda que ante el estrés que provocaba trabajar 50 horas por semana y llegar a seguir trabajando ahora en casa, su esposo le dijo muy serio “a ver Cinthia, nadie está presionándote a que sólo tu hagas las cosas, ni tienes porque hacerlas, los dos trabajamos, los dos descansamos en casa. Paguemos a alguien para que haga los quehaceres”. Fue en ese momento en que se dio cuenta que ella se autoimponía las obligaciones para sentir que hacía “su chamba” como esposa.

Después de ese acuerdo, las cosas han fluido bien. Ella trabaja, él también. Ambos descansan en casa. Ella cocina y él también. Viajan juntos durante las vacaciones y generalmente pasan el fin de semana en casa. Cinthia tiene 38 años y no ha podido embarazarse. Sin embargo no considera que ese sea el fin último de su matrimonio, “si se da bueno y si no, Dios sabrá por qué hace las cosas”.

Acuerdos de pareja como los de Cinthia y su esposo, o el compañero de Carmen quien vive desde hace 17 años en unión libre, responden a una dinámica donde si bien los compañeros no se involucran en las labores domésticas, tampoco las consideran obligación de sus compañeras mujeres. Además, la situación económica de estas parejas hace que puedan delegar los quehaceres a empleadas domésticas. Lo anterior les permite tanto a Cinthia como a Carmen, disfrutar de su estancia en el hogar, un espacio de descanso en donde disfrutar de la compañía de su pareja.

Sin embargo no todas las parejas logran ese equilibrio. Silvia por ejemplo, asegura que su matrimonio se acabó en parte por la irresponsabilidad de su pareja. Ella tenía encima la carga tanto económica como doméstica y emocional del matrimonio, cuando cayó enferma a causa del desgaste físico y emocional fue cuando decidió divorciarse. O el caso de Camila, quien explica que la violencia psicológica y económica vivida cuando estuvo unida en pareja se debía al alcoholismo de su compañero lo cual hacía que ella cumpliera con los roles de proveedora y ama de casa al mismo tiempo.

Otras relaciones de pareja se viven con acuerdos distintos no sólo, como ya lo describí en la anterior sección, en relación al fin último de dicha relación, sino además en cuanto al espacio y tiempo compartido, un ejemplo es el caso de Emiliana de 44 años y quién lleva siete años de relación con su pareja. Cada uno vive en su casa, “así estamos, o sea y también es un asunto de comodidad, porque él su vida, yo la mía, coincidimos, aparecemos, estamos...”

Acuerdos como el de Emiliana y su pareja no necesariamente implican lo que antes definí como un noviazgo. No se trata de una etapa de conocimiento del “otro” y la ponderación sobre un futuro juntos. Se trata de estar en pareja, en los tiempos y de las formas que permiten a cada quién seguir haciendo su vida y decidiendo sobre sus proyectos personales. Este tipo de acuerdos también están presentes en las vidas de Luna y Guillermo (con más de once años de noviazgo). Tanto Emiliana como Luna siguen viviendo en la casa paterna. Las parejas de ambas son hombres libres de otros compromisos. Pero ninguna de las dos ha arriesgado su libertad por una vida en pareja tradicional.

Lo interesante aquí no tiene sólo que ver con los acuerdos de estar en pareja que pudiéramos pensar como novedosos, sino lo que esos acuerdos nos dicen sobre los acuerdos y tensiones entre sujetos individuales y su posibilidad de negociación. Estamos frente a sujetos individuales que tienen que evaluar cotidianamente, sobre todo en el caso de las mujeres, las ganancias y las pérdidas que implicaría otro tipo de convivencia. La pregunta que hacen Beck y Beck-Gernsheim en el texto “El normal caos del amor” resulta por demás pertinente “¿Cuánto espacio queda en la biografía

Pero además, estamos ante varones que se viven amenazados en su identidad de hombre y a quienes este tipo de acuerdos de “acompañarse con espacio” (Emiliana) les permite proteger su hombría a unos y no arriesgar la gestión del proyecto de vida personal a las otras, “no se puede negar que el cambio de la biografía normal femenina conlleva también nuevos riesgos y dificultades para la relación entre hombres y mujeres” (Beck y Beck-Gernsheim, 2001, p. 91)

Lo anterior es claro cuando Emiliana explica el por qué piensa que no se han dado las circunstancias para vivir juntos,

es que su condición económica no facilita que nos unamos, en el sentido de que él quiere entrar como en partes iguales y su condición es más limitada que la mía, y dice, es que me vas a echar en cara que por qué pusiste los cinco mil de la renta y que yo por qué no puedo aportar los cinco mil que se necesitan para la renta, entonces, también son sus miedos, no solamente... reconozco que no es un asunto decisor de mi persona, sino también de la de él...

En el proceso de individualización obtenido a través de la educación superior y la participación en el mercado laboral, el sujeto femenino que conjuga sexo, género y cuerpo en su constitución y devenir, es decir, esa mujer constituida además como sujeto mujer a través de múltiples relaciones de legitimidad, autoridad, poder, en su familia, con sus amigos y parejas, impone desde su lugar de enunciación otras formas de negociación a esos otros. Y vive una constante tensión entre lo individual posible y lo que es posible compartir.

Pero así como estas condiciones de negociación afectan a aquellas mujeres que tienen pareja, también afecta a las que no la tienen. En la siguiente sección abordaré algunos casos.

#### “NO SOY YO...SON ELLOS”. EL ANHELO DE LA RELACIÓN IDEAL: AMOR ROMÁNTICO VS AMOR RACIONAL

De las trece mujeres que eran solteras en el momento de la entrevista, con excepción de Elizabeth, todas aseguraban estarlo por decisión y no “por falta de prospectos”. El rango de edad entre las solteras sin pareja que fueron entrevistadas oscilaba entre los 37 y los 44 años. En general aseguran dos cosas: primero, que tener una pareja no es algo que “necesiten” para sentirse bien. Y segundo, que tampoco tendrían “cualquier pareja” sólo por no estar solas.

Como ya lo mencioné antes, el lugar de enunciación desde donde estas mujeres se colocan en el momento de una posible relación de pareja es, por decir lo menos, más igualitario que el de una mujer sin estudios profesionales, o una mujer que hizo la universidad pero que no ha desarrollado una trayectoria profesional propia. El perfil que buscan en una pareja exige un nivel cuando menos igual en credenciales educativas o en capital social y cultural. Si bien el término de un nivel económico igualitario les preocupa, es en el sentido de que la pareja hombre no se “vaya a sentir mal” de que ellas tengan mayores ingresos o en su momento les implique bajar sus expectativas de ingresos por no herir su masculinidad.

Ahora bien, pese a las coincidencias generales sobre la búsqueda de un hombre educado, trabajador, profesional, seguro de sí mismo (para que “el brillo propio no le incomode”, dice Fernanda), equitativo en los quehaceres del hogar y en la educación de los hijos, si los hubiera, identifico dos discursos a la vez contradictorios, en algunos casos excluyentes, en otros casos coexistentes: el relacionado con el “imaginario amoroso romántico” (Collignon Goribar y Rodríguez Morales, 2010) de la pareja heterosexual, basada en la familia y los hijos, y las definiciones tradicionales de los roles de género. Y el otro discurso que si bien puede también coincidir en algunas características del hombre ideal del amor romántico, antepone a esas características otras como la complementariedad, la admiración mutua, la equidad, el respeto a un espacio vital. Son mujeres que “se ven a sí mismas como personas con sus propios deseos” (Beck y Beck-Gernsheim, 2001: 93) y esperan de

sus parejas el reconocimiento a esa visión, el espacio y apoyo para lograrlo.

Fernanda no tiene una pareja desde hace ocho o nueve años. Dice que es complicado,

pues ahorita tiene que estar mínimo en mi nivel, digo creo que cada que uno avanza para poder tener una comunicación igual, para entendernos, tendríamos que estar en el mismo nivel [...] mínimo tendría que tener el nivel en el que yo estoy tanto intelectualmente, como en nivel de estudios y de trabajo.

Según dice, esos hombres existen, sin embargo, “intuye”, “deduce”, que su personalidad fuerte e independiente, su posición laboral (de “jefa”) puede intimidarlos.

Recuerda sonriendo como en la universidad tuvo un novio que durante el periodo de elecciones para consejeros en las distintas facultades se molestó muchísimo cuando se dio cuenta que ella sí estaba en la lista de “elegibles” y él no. Ser elegible implicaba ser alumna regular y tener un promedio por encima de 85. El acabose de esa relación fue cuando decidieron ingresar juntos a estudiar inglés y mes con mes, al terminar el nivel él le preguntaba a ella su promedio aprobatorio, “y pues él frustradísimo porque había sacado menos”.

Gabriela de 44 años, asegura que la relación más significativa en su vida terminó también por la preocupación de su pareja por no tener el mismo nivel académico,

yo había estudiado una carrera universitaria y él hasta la preparatoria y de alguna manera él quería compensar que yo había estudiado y él no, yo ahora lo veo que tuvo miedo a que yo fuera a superar más los ingresos o las expectativas, para él estábamos siempre en competencia.

La búsqueda es compleja, aunque entendible. Se busca un hombre que no obstaculice el crecimiento personal, y para ello es necesario que su perfil sea por decirlo de alguna manera, alto tanto profesional, social y económicamente.

En el caso de Berenice (40 años), periodista y comunicóloga y que también tiene ya varios años sin pareja, dice que lo más importante para ella son las “mentes ágiles, inteligentes, independientes, activos”. Pero sobre todo que no sea alguien con ideas de que la mujer se quede en la casa, o de que la mujer dependa de él. Considera que no es exigente, simplemente que hay cosas que no son negociables, “en mi casa con mis hermanos siempre hubo equidad e igualdad en los quehaceres y en las aportaciones”. A sus 40 años, ella además considera que la pareja tendría que aceptar “el rollo de no tener hijos” y compartir una de sus pasiones, viajar.

Mujeres como Siphora (53 años) por ejemplo, que si se encontraba con pareja cuando la entrevisté, describe su perfil de pareja en términos muy parecidos, “un nivel arriba, profesional, que tenga muchos proyectos y con el que puedas seguir creciendo”. En este caso, Siphora acepta que a su edad esos perfiles difícilmente estarán completamente “libres”. Además, siempre está el riesgo que quién se te acerque sea un “vividor”. Por un lado, hombres que vacilan ante personalidades como las de estas mujeres, por el otro, hombres que buscan aprovecharse de su estatus social y económico. El panorama para el corazón no resulta muy prometedor.

Como podemos observar la idea de las características que debe reunir una pareja son de alguna manera más racionales, más calculadas en relación al costo-beneficio para el proyecto personal. Tampoco estoy asegurando que sea completamente así, puedo decir que es prioritario, aunque se pueden también apreciar casos en los que la tensión entre el amor racional vs el amor romántico no está del todo resuelta. Tal es el caso de Guadalupe, por poner un ejemplo. Guadalupe ha tenido dos novios. Los dos le han propuesto matrimonio, sin embargo, la terapeuta ha analizado cada uno de los rasgos de personalidad de los prospectos y en ambos casos ha decidido terminar la relación dada la proyección construida por ella, del cómo serían esos hombres como esposos y padres de familia.

La primera relación tuvo una duración de un año tres meses, la describe como una relación en solitario. Su pareja era Gerente Global de una compañía transnacional. Según cuenta Guadalupe

hubo meses en que sólo estuvo en Guadalajara cuatro días. Ella se dio cuenta, dice, de que él nunca cambiaría sus prioridades, sería un padre ausente y ella no está dispuesta a ser una madre sola. Asegura que tiene además de una “adicción” al trabajo, que ella diagnosticó, su expareja tiene adicción por el ejercicio, “dos adicciones, no gracias”.

La segunda relación tuvo una duración de nueve meses. La causa del rompimiento, la diferencia de creencias, ella exreligiosa, católica, él totalmente involucrado en prácticas espirituales New Age según Guadalupe. Aunque asegura que era una relación muy bonita, ella no estaba dispuesta a formalizar por la vía matrimonial una relación con alguien con quien tarde o temprano tendría diferencias irreconciliables. Ella busca un hombre preparado, que “desarrolle ideas”, que sea una “pareja ciento por ciento ideal” para formar una familia basada en valores y principios compartidos.

Como se puede observar las diferentes tonalidades de gris cuando se trata de la búsqueda de la pareja ideal son múltiples. Con la posibilidad de la individualización de la biografía femenina, como lo señalan Beck y Beck-Gernsheim (2001), se dificulta no sólo encontrar a la pareja “adecuada (¿adecuada para la mujer?), pero también el estilo y forma de estar con y en pareja, así como la finalidad que se persigue con ello.

En general las mujeres sin pareja entrevistadas y aquellas que actualmente se encuentran en relaciones de pareja, coinciden que ellas no son el problema, sino que ellos “no saben qué hacer cuando eres autosuficiente, no les pides lana, piensan que necesitan mucho para poder complacerte” (Siphora), “Es que tienes un carácter, cuestionas, desafías” (Emiliana), “Es que eres muy calculadora” (Gabriela).

Estas mujeres elevan el nivel de exigencia sobre el perfil de una pareja, de manera directamente proporcional a la idea que tienen de sí mismas, sus deseos y proyectos profesionales. Lo menos que pueden esperar es que esas parejas no signifiquen un obstáculo para su proyecto de vida, lo compartan desde los propios y les reconozcan su capacidad y trabajo. Son mujeres no fáciles como dice Emiliana, “en el sentido de que *no dejo que nomás fluya la vida, sino que como que todavía me apropio de ella*”. ¿Puede alguien que se apropia de su vida compartirla, negociarla, vivirla con “otro” que también tiene y defiende la propia?

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES

Estar en una relación es para varias de estas mujeres, un fin en sí mismo. No necesitan vivir con ellos, no aspiran a casarse ni a formar una familia con hijos. Algunas otras, aseguran ni siquiera necesitar buscar a alguien para sentirse plenas y satisfechas con su vida, no se sienten solas, disfrutaban su soledad, disfrutaban de sí.

Otras mujeres dan muestra además de las tensiones provocadas por la coexistencia de discursos e imaginarios sobre el amor y la selección de pareja de naturaleza romántica y de naturaleza racional. Lo anterior muestra las contradicciones que se generan cuando existe la posibilidad de elección, de construcción de una biografía propia y el deseo de compartir lo que se pueda -o quiera- de esa biografía con el otro. Son mujeres que a través del estudio y el trabajo se han construido la posibilidad de elección en todos los ámbitos de su vida, la complejidad está ahora dada en la elección más que en el número de posibilidades. Elegir al compañero, al padre, tener o no hijos, trabajar a tiempo completo o medio tiempo, para estas mujeres -y pienso que se extiende a la mayoría de sujetos sociales-, ninguna elección está libre de culpas ni contradicciones.

En este punto resulta útil ubicar las trayectorias biográficas de estas mujeres en lo que Collignon Goribar y Rodríguez Morales han llamado regímenes eróticos, es decir, a la existencia de una normatividad en el modo de vivir, en el caso que me ocupa, al modo en que se constituye la experiencia afectiva, sexual y amorosa, dando cuenta del papel que las instituciones, imaginarios, estéticas, saberes y consumos culturales (Collignon Goribar y Rodríguez Morales, 2010).

Cada uno de los regímenes identificados por las autoras dan muestra de cómo la concepción social de la mujer y su propia autoconcepción como mujeres jóvenes, ha transitado de un “ser para

los otros”, a través de una “liberación femenina” propiciada por la invención de la píldora y el ingreso al mercado laboral, que han producido cambios no sólo estructurales sino también subjetivos dando cuenta ahora de sujetos que tienen ante sí la posibilidad de constituirse y construirse una biografía individual. Sin embargo, el tránsito no está libre de tensiones,

siendo congruentes con nuestro planteamiento, es importante hacer notar que estas formas de subjetividad femenina coexisten no sólo en el ámbito social sino también en el interior de las propias mujeres a inicios del siglo XXI. Las jóvenes desean tener familia, casarse, ser las dueñas de su hogar y al mismo tiempo quieren gozar de su sexualidad, se educan, trabajan, deciden en cierta medida la llegada de los hijos. Es difícil sintetizar en armonía la herencia de sus abuelas y madres (Collignon Goribar y Rodríguez Morales, 2010, p. 70).

Estamos así, ante sujetos sociales constituidos en la hibridez de las dicotomías clásicas del pensamiento moderno. Viven y se viven en los espacios públicos y privados. Lo que es más, construyen su espacio privado para sí y no para los otros. Son sujetos constituidos a través de relaciones de poder que los colocan y configuran agentes de sus vidas e influyentes en las de los otros. Son mujeres, que no dejan que la vida simplemente fluya, se la apropian y le dan cause.

La constitución de un sujeto mujer profesionalista con las características aquí descritas, así como sus implicaciones en la conformación y vida en pareja, no han pasado inadvertidas por las instituciones encargadas de resguardar a la familia. Un ejemplo de ello son los cambios promovidos en 2003 para que no se siguiera leyendo durante el rito civil constituyente del matrimonio la epístola de Melchor Ocampo. El documento contempla una redacción en la que según Ascencio Franco “se sustenta en el reconocimiento de los valores de la dignidad y la igualdad de ambos cónyuges” (Ascencio Franco, 2010, p. 193) y agrega:

El valor de la carta reside en que reconoce a hombre y mujer como sujetos sociales iguales, que al mismo tiempo que asumen un proyecto de vida común, tienen programas de vida individuales. Estos proyectos personales nacen de la individualidad de los sujetos que tienen creencias y valores propios en razón de su situación e historia personal, y junto con ello intereses y aspiraciones particulares que tienen derecho a realizar y el otro el deber de respetar. (Ascencio Franco, 2010, p. 195)

Pese al reconocimiento de biografías femeninas construidas como proyectos individuales y las buenas intenciones que parece contener esta nueva redacción sobre los valores en los que se funda el matrimonio civil y la vida en pareja, los testimonios dan cuenta de un permanente cálculo de pérdidas y ganancias de lo ganado, donde no siempre está clara la ventaja de vivir una relación de pareja con fines de formar una familia, ni de compartir siquiera toda la vida.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amorós, C. (1994). *Feminismo, igualdad y diferencia*. México: UNAM-PUEG.
- Ascencio Franco, R. (2010). La familia en Jalisco. Del dominio masculino a la igualdad de los sexos. En A. Cuevas Peña, y R. d. Salcido Serrano, *Miradas divergentes sobre mujeres, género y familia: imaginarios, conceptos, presencias y haceres* (pp.181-215). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Beck, U., y Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de relación amorosa*. Barcelona: Paidós-El Roure.
- Collignon Goribar, M. (2010). *La vida amorosa, sexual y familiar en México. Herencias, discursos y prácticas*. Guadalajara: ITESO, Universidad Iberoamericana.

- 104 Collignon Goribar, M. M., y Rodríguez Morales, Z. (2010). Amor y sexualidad en jóvenes mexicanos del siglo XXI. En M. M. Collignon Goribar, *La vida amorosa, sexual y familiar en México. Herencias, discursos y prácticas* (pp. 11-72). Guadalajara: ITESO, Universidad Iberoamericana.
- Corona Berkin, S., y de la Peza Casares, M. d. (2007). *Un siglo de educación sentimental. Los buzones amorosos en México*. México: Universidad de Guadalajara, Universidad Veracruzana, UAM-Azcapotzalco, UAM- Xochimilco.
- Scott, J. W. (2008). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, UACM.